

## El empleo de las gramáticas misioneras y otras fuentes en la primera clasificación de las lenguas de México

The Use of Missionary Grammars and Other Sources in the First Classification of Languages in Mexico

**Bárbara Cifuentes\***

*Escuela Nacional de Antropología e Historia*

---

### Abstract

This paper is an approach to the first qualitative and quantitative analysis of Amerindian languages in Mexico by Manuel Orozco y Berra (1864), whose expectations were in line with contemporary ethnographical research. We describe how Orozco y Berra built his corpus, as well as his constant references to the hypotheses in American and European comparative studies including Mexican languages. The work done by Orozco y Berra involved the assessment of modern comparative research and the critical review of colonial historical and grammatical sources. It was aimed at a more certain reconstruction of the movements in space and time of the peoples speaking the languages in the sources and at the establishment of a genealogy: families, languages, dialects. Enlightenment ideas like progress or civilisation informed Orozco y Berra's work, both his research and results, enabling him to reconcile his interpretation of the aboriginal peoples' levels of civilisation with their languages' structural features and vitality.

**Key words:** history of linguistics in Mexico, classification of native languages in Mexico, Manuel Orozco y Berra.

### Resumen

En este trabajo se presenta una aproximación al primer balance cuantitativo y cualitativo de las lenguas amerindias de México, realizado por Manuel Orozco y Berra (1864), cuya expectativa estaba en consonancia con la etnografía de la época. Nuestro texto describe la manera en que fue construyendo el corpus para esta investigación así como la permanente referencia a las hipótesis que planteaban los estudios comparativos, europeos y estadounidenses, que incluían a las lenguas de México. En este sentido, se destaca que la realización de la obra implicó tanto la evaluación de las investigaciones comparativas modernas como la revisión crítica de las fuentes históricas y gramaticales coloniales. La finalidad del trabajo de Orozco y Berra consistía en reconstruir con mayor certeza la movilidad espacial y temporal de los pueblos consignados en las fuentes y establecer un ordenamiento genealógico: familias, lenguas, y dialectos. A manera de conclusión se enfatiza que las ideas de progreso y civilización, tal y como se plantearon en el Siglo de las Luces, permearon el proceso de investigación y los resultados que ofreció Orozco y Berra. Estas ideas le permitieron compatibilizar sus interpretaciones sobre los estados de civilización de los pueblos con los rasgos estructurales de las lenguas y su vitalidad.

**Palabras clave:** historia de la lingüística en México, clasificación de las lenguas indígenas de México, Manuel Orozco y Berra.

---

### 1. Fuentes e interlocutores de la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* (1864)

Animado por el compromiso de ofrecer una interpretación científica, retrospectiva y actual de la diversidad lingüística amerindia en el país, Manuel Orozco y Berra (1816-1881) publicó la *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México* en 1864. A juicio de quienes lo

---

\* Correspondencia con el autor: barbaracifuentes@yahoo.com.mx.

sucedieron en el estudio de las antigüedades del país (entre ellos Alfredo Chavero, Antonio Peñafiel, Genaro Estrada y Luis González Obregón), el principal mérito de esta obra consistió en que fue la primera investigación que agotó la literatura filológica, geográfica e histórica que refería a los pueblos indígenas de México. Y, en efecto, se trata del primer ordenamiento exhaustivo de las noticias relativas a los grupos amerindios que ofrece una estampa pormenorizada del número y filiación de los idiomas amerindios así como de su distribución geográfica.

El primer esbozo de esta obra lo realizó Orozco y Berra (ingeniero y estudioso de las antigüedades mexicanas) en 1857, como parte de sus tareas en el Ministerio de Fomento. Su conclusión obedeció tanto a la responsabilidad que adquirió con la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística en 1861, al ser nombrado responsable de la comisión “Idiomas del país, lugares donde se hablan y número de habitantes que los usan”, como al apoyo financiero que le brindó Fomento para que continuara con esta investigación en 1863 y su publicación al año siguiente.

Según reseñó Orozco y Berra, el programa de trabajo significó desde sus inicios un gran esfuerzo interpretativo, toda vez que se trataba de la confección de un diagnóstico uniforme del conjunto y de cada uno de los pueblos y lenguas del país. Para su consecución utilizó fondos documentales de distinta naturaleza. Fue así como la *Geografía de las lenguas* se alimentó de los repertorios bibliográficos de Juan José de Eguiara y Eguren (1755) y de José Mariano Beristáin y Souza (1816, 1821), de la información recabada para el *Diccionario universal de historia y geografía* (1853-1856) y de los *Documentos para la historia de México* publicados en diversas épocas en el *Diario Oficial*. Las bibliotecas, las colecciones de manuscritos, los catálogos bibliográficos y las reediciones, así como las pesquisas que llevaban a cabo sus contemporáneos, especialmente aquellas realizadas por José Fernando Ramírez, Joaquín García Icazbalceta y José María Andrade, también contribuyeron a que la investigación fuera tomando cuerpo definitivo. A estas referencias sumó otro vasto conjunto de materiales proveniente de los fondos conventuales, del fondo “Documentos para la historia” perteneciente al Archivo General de la Nación y las noticias estadísticas localizadas en el Ministerio de Fomento y en la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Durante su estancia en estas instituciones y gracias a la generosidad de sus colegas, Orozco y Berra tuvo a su alcance innumerables fuentes de primera mano, entre las que cabe destacar las relaciones oficiales de los corregimientos y alcaldías mayores de la Nueva España enviadas a Felipe II, los reportes de los arzobispos de las diócesis, los reportes enviados por el virrey Revillagigedo sobre las misiones, las crónicas de las órdenes religiosas así como las gramáticas impresas o manuscritas de las lenguas indígenas realizadas en la época colonial.

Al poner en marcha su investigación, Orozco y Berra tenía la expectativa de ofrecer un balance cuantitativo y cualitativo que explicara, con mayor fortuna que sus contemporáneos, la movilidad de los pueblos indígenas en el tiempo y en el espacio. Estaba interesado en realizar un examen que, además de conducirlo a reconocer la diversidad y singularidad de pueblos que existieron con anterioridad a la Conquista, diera cuenta de las razones por las cuales aún conservaban sus costumbres y sus lenguas. La etnografía, tal y como se practicaba en ese momento, le brindaba los medios para satisfacer estos propósitos. Las autoridades más notables de esta incipiente disciplina, como Adrien Balbi, afirmaban que lengua y pueblo constituían un binomio indisoluble y que, por lo tanto, la clasificación de los pueblos, principal propósito de esta disciplina, debía corresponder a la clasificación de las lenguas.<sup>1</sup> La ejecución de esta última tarea era responsabilidad de la gramática comparativa, cuyos

---

<sup>1</sup> Orozco y Berra (1864: XII-XIII) cita a Balbi para dar la definición de la disciplina: “la etnografía es la ciencia que tiene por objeto la clasificación de las lenguas [...]. Si los pueblos lo son porque hablan lenguas diferentes, la clasificación de las lenguas corresponde a la clasificación de los pueblos”.

practicantes debían determinar las afinidades de las lenguas con base en la confrontación de sus respectivas estructuras gramaticales y su léxico. Una vez realizada esta labor, los etnógrafos estarían en condiciones, en términos de Aurox y Horde (2000: 550-551), de

[...] seguir a través de los siglos, las migraciones de los pueblos y sus asentamientos ignorados en las diferentes partes de la tierra, para esclarecer la geografía antigua y moderna y esparcir sus luces sobre la historia primitiva del hombre y sobre el desarrollo sucesivo de sus facultades intelectuales.

Desde su punto de vista, la literatura etnográfica que se publicaba en el extranjero no brindaba una idea certera de las lenguas y los pueblos de México. La imprecisión de la información era patente incluso entre los escritores más reputados. Tal era el caso de las estimaciones del filólogo alemán Wilhelm von Humboldt ([1812] 1989), quien hacía un cálculo que oscilaba entre quinientas y dos mil lenguas para el Nuevo Mundo. Por su parte, el jesuita español Lorenzo de Hervás y Panduro, en su obra *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas...* (1800-1806) había concluido que en Nueva España estaban tres de las *lenguas mayores* americanas: la mexicana, la tarahumara y la pima, y las equiparó en extensión e importancia con la araucana, quechua, caribe, hurona, algonquina, apalachina y groenlandica. Sostuvo que en el territorio de la Nueva España existían doce conjuntos de naciones, cuyo ascendente común era patente a través de las semejanzas que mostraban con sus respectivas *lenguas matrices*: mexicana, othomí, tarasca, pirinda, cora, maya, mixteca, totonaca, hiaqui, pericú, guaicura y cochimi, siendo que cada una ellas contaba con sus respectivos dialectos.<sup>2</sup> También registró el nombre de otro conjunto de idiomas, al que llamó *lenguas diversas*, que aunque cercanas geográficamente a las *matrices*, no podía asegurar su filiación por falta de datos.<sup>3</sup> A juicio de Hervás, esta fragmentación de las lenguas era consecuencia del estado de barbarie que privaba en la mayoría de los grupos americanos:

[...] en América fácilmente se han separado las familias, y han formado naciones o tribus errantes, que no sujetándose a otros, han conservado necesariamente sus idiomas nativos [...]. La barbaridad y aun la bestialidad de muchas naciones han desfigurado sus respectivos idiomas, produciendo innumerables y diversísimos dialectos, que se creen lenguas matrices [1800: III, 392].

Otros estudios clasificatorios más recientes provenían de Alemania, como el *Mithridates oder allgemeine Sprachkunde* (1806-1817), elaborado por Adelung y Vater; y también de Francia: el *Atlas ethnographique du globe, ou classification des peuples anciens et modernes d'après leur langue* (1826), escrito por Adrien Balbi. En Francia también se había continuado cultivando el estudio de las lenguas indígenas de México en la Sociedad Americana de Francia (1857), la Comisión Científica de México (1863), la Sociedad Lingüística de París (1837?) y en la *Revista Oriental y Americana*. Otro conjunto de investigaciones sobre las lenguas aborígenes del continente americano venían realizándose en los Estados Unidos en la Sociedad Filosófica de Filadelfia (1769), la Sociedad Etnológica Americana (1842) y la Smithsonian (1846). Los resultados de estas pesquisas quedaban expuestos en los atlas, enciclopedias y revistas especializadas con circulación mundial que presentaban novedosas hipótesis acerca de las relaciones genéticas de las lenguas de México con otras del continente americano y el asiático, pero no era excepcional que adolecieran de defectos e imprecisiones.

La inconformidad de Orozco y Berra tenía como punto de apoyo el manejo de documentos históricos y estadísticos que había consultado y que le daban argumentos para demostrar que no se estaba incluyendo una cantidad importante de lenguas y pueblos registrados. Asimismo

<sup>2</sup> En esta época, el término “dialecto” se utiliza principalmente para caracterizar las diferencias en el tiempo.

<sup>3</sup> Hervás consideró *lengua matriz* a toda aquella que era parte de un mismo linaje, en tanto que *lengua diversa* corresponde a los grupos y lenguas cuya ascendencia inmediata era desconocida.

consideraba que las conclusiones propuestas hasta ese momento sobre el parentesco entre los idiomas no estaban suficientemente comprobadas. De otra parte, Orozco y Berra conocía a los autores novohispanos y mexicanos que habían iniciado los estudios históricos y comparativos modernos de los pueblos amerindios. El primer lugar correspondía a la obra del jesuita novohispano Francisco Javier Clavijero, *Historia antigua de México* ([1780] 1826), realizada durante su exilio en Italia y que tuvo impacto en las investigaciones de Lorenzo Hervás y Alexander von Humboldt. Estos autores habían recogido la bibliografía que ofrecía Clavijero acerca de las lenguas amerindias así como algunas hipótesis sobre la filiación entre las naciones amerindias.

Otra aportación sustantiva era la de fray Crisóstomo Nájera, quien había roto la idea arraigada entre los filólogos más destacados de la época de que todas las lenguas americanas poseían un mismo tipo morfológico, el polisintético o aglutinante; y demostrado, en cambio, en su *Disertación sobre la lengua othomí* ([1835] 1845),<sup>4</sup> que este idioma hablado en México poseía un carácter monosilábico. También dio pruebas de que a pesar de las semejanzas estructurales que existían entre esta lengua y la china, no había entre ellas una relación de parentesco.

Aun cuando las agencias gubernamentales y las sociedades científicas mexicanas habían mostrado interés por realizar una clasificación de las lenguas de México, los resultados obtenidos durante la década del cincuenta habían sido escasos. En 1860, el *Boletín* de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística publicó la *Colección polidiomática, que contiene la Oración Dominical en 52 idiomas indígenas*; y, de Guadalupe Romero, “Noticias de las personas que han escrito o publicado algunas obras sobre los idiomas que se hablan en la República Mexicana”. Solo en 1861 la Sociedad creó la comisión “Idiomas del país en su parte lingüística”, encabezada por Francisco Pimentel, quien al año siguiente publicó el primero de los tres tomos de su obra *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas de México*.<sup>5</sup>

Para Orozco y Berra, el problema que requería atención inmediata no era la búsqueda de un origen común sino la determinación de las líneas de ascendencia de los pueblos. Sobre este último tema no había consenso y era el principio de cualquier hipótesis más general. Así, por ejemplo, tres reconocidos escritores como Francisco Clavijero ([1780] 1826), Charles Buschmann (1860), lingüista alemán, discípulo de Wilhelm von Humboldt; y Alberto Gallatin ([1836] *apud* Haas 1969), filólogo de la Sociedad Filosófica de Filadelfia, estaban de acuerdo en que el linaje azteca provenía del norte del Continente y sus pueblos habían emigrado hacia el sur. Pero esta opinión no era compartida por Charles Brasseur de Bourbourg (miembro de la Sociedad Americana de Francia), quien señalaba en 1851 que la cuna de este linaje se encontraba en Palenque, toda vez que había testimonios de la presencia de los toltecas en el sur. Para Orozco y Berra, ambas hipótesis carecían de un examen minucioso que hiciera distinguos entre afinidad por contacto y verdadero parentesco. Era imprescindible aclarar la cronología de los dos acontecimientos experimentados por el linaje: la separación de los pueblos nahuatlato y los contactos con pueblos de distinto origen.

Para la solución de este y los demás casos, Orozco y Berra puso en marcha un programa de análisis en cuya base colocó la revisión crítica de las fuentes a su alcance. Desde su punto de vista, estas permitían reconstruir buena parte del pasado indígena. Este acervo estaba constituido por los documentos puramente americanos (códices), las informaciones

---

<sup>4</sup> Esta obra fue presentada en la Sociedad Filosófica de Filadelfia en el año de 1833. Su primera publicación fue en los Estados Unidos en 1835. Diez años después se publicó en español por la Imprenta del Águila.

<sup>5</sup> A diferencia de la investigación etnográfica de Orozco y Berra, la de Pimentel fue estrictamente gramatical. Con base en la gramática comparativa de la época, Pimentel presentó dos clasificaciones de las lenguas de México: una tipológica y otra genealógica.

transmitidas por los españoles, novohispanos e indígenas; las lenguas y las costumbres vigentes y, por último, la fisiología de los lugares que habían servido de teatro a los acontecimientos.

Orozco y Berra otorgó una mayor autoridad a los escritores que habían presenciado los primeros contactos con Occidente y consideró asimismo que estos testimonios le permitirían conocer cuáles habían sido los logros más loables alcanzados por las naciones americanas en las costumbres, usos, leyes, artes, ciencias, leyes e ideas morales. A través de estos testigos de vista, tendría acceso a la información relativa a la situación anterior a la mezcla y degradación producida por la conquista. Con mayor o menor detalle, estos autores habían recogido las noticias que los indios les habían narrado sobre su pasado. Por tales motivos consideró que entre las fuentes más puras para la historia se encontraban las obras realizadas por las primeras generaciones de indios mestizos alfabetizados, bilingües o trilingües (mexicano, español y latín), como era el caso de Fernando de Alva Ixtlixochitl, mestizo y bisnieto de Netzahualcoyotl, autor de varios manuscritos (entre ellos, la *Historica chichimeca*, 1640); y de Juan Bautista Pomar, quien culminó la redacción de la *Relación de Texcoco* en 1582. A los primeros frailes españoles que escribieron crónicas les otorgó también gran autoridad; especialmente, a fray Bernardino de Sahagún, quien escribió en náhuatl y en español la *Historia de las cosas de la Nueva España*.<sup>6</sup> Asimismo, en virtud del momento en que habían sido elaborados y por basarse en información proveniente de los indios, resultaban imprescindibles los documentos oficiales del siglo XVI. En ellos se registraba, entre otras noticias, el idioma o idiomas que se hablaban en cada pueblo y el nombre del señorío a que estaban sujetos antes de la conquista.

Siguiendo la pauta dada por los etnógrafos y los lingüistas europeos y americanos, Orozco y Berra consultó los informes de las diócesis y las crónicas de las órdenes religiosas, así como los textos religiosos y gramaticales que habían sido elaborados por los misioneros durante la época colonial. Así, por ejemplo, los franciscanos ofrecían valiosas noticias de los pueblos del Altiplano, occidente y Yucatán; los jesuitas brindaban descripciones sobre las naciones del norte de Mesoamérica y los dominicos daban a conocer las costumbres y las lenguas de las naciones con residencia en Oaxaca, Chiapas y Guatemala. Junto con ellos otros cientos de religiosos en sus tareas de conversión habían observado y experimentado sobre el terreno la diversidad en las lenguas y en las costumbres y de todo ello habían dado cuenta en sus informes, sus gramáticas y diccionarios.

El reto que enfrentó Orozco y Berra fue precisamente contrastar lo dicho en los trabajos históricos y gramaticales previos con los resultados de las clasificaciones lingüísticas y etnográficas que circulaban en el ambiente científico. Esperaba ofrecer una mejor interpretación mediante la puesta en práctica de un procedimiento de depuración, en el cual los ejes geográfico y cronológico serían las guías para organizar la información. Sirviéndose de estos medios, alcanzó a especificar cuál había sido la secuencia de los asentamientos de distintos grupos y linajes así como su respectiva antigüedad. Asimismo, esperaba dar cuenta de los signos de progreso que eran propios a cada una de las principales civilizaciones y los que eran producto del contacto.

## 2. Clasificación de las lenguas y los pueblos

En la *Geografía de las lenguas*, Orozco y Berra consignó la totalidad de los nombres que había encontrado en las fuentes y solamente ofreció una clasificación de los idiomas en que

<sup>6</sup> Este texto, que se escribió en los años que corren entre 1547 y 1577, fue publicado por primera vez en 1829 y 1830, en la ciudad de México.

podía demostrarse su afinidad mediante la evaluación crítica de fuentes históricas, los trabajos comparativos y las gramáticas de cada lengua. Fue de esta manera como presentó la clasificación de 182 hablas diferentes, e hizo la salvedad de que solo podía comprobar el parentesco en 108 casos. A estos últimos los agrupó en once familias lingüísticas, en las cuales estaban distribuidos 35 idiomas y 69 dialectos. Señaló que hasta ese momento le era imposible clasificar los idiomas restantes porque no los conocía de manera satisfactoria, fuera porque no les había encontrado nexos con ningún otro o bien porque se trataba de lenguas muertas, de las cuales no poseía datos suficientes.

Orozco y Berra estableció la unidad y composición de la familia othomí con ayuda de los textos de Bernardino de Sahagún y Crisóstomo Nájera. De este último autor tomó las opiniones acerca de las características de sus lenguas y civilización (1864: 16-17):

[...] no es dulce como la tarasca, ni rica como la mexicana, ni suave como la huasteca; pues más bien es dura, seca, ingrata a la lengua y más al oído: todo lo de ella es rústico, vasto sin pulimento. El pueblo que lo hablaba era inculto, pasaba una vida pobre, casi silvestre, aun hoy dividido aquí y allí, desterrado de sus hogares por los españoles no ha cambiado su suerte.

También corroboró la información que daba Nájera acerca de los innumerables dialectos de esta lengua y, con base en lo que había expresado Francisco Clavijero ([1780] 1826: 98), reparó en la diferencia entre la lengua othomí y la mazahua: “mas es tan parecida al othomí, que si no son madre e hija, son hermanas”.

Para la reconstrucción de la familia huasteca-maya-quiché, reconsideró la propuesta de Balbi, quien ya había señalado la filiación entre huastecos, mayas y quichés. En el caso de la lengua huasteca pudo señalar que había de una a tres variedades conocidas y que de ello habían dado cuenta el P. Carlos Tapia y Zenteno (1767) y Francisco Pimentel (1862). La inclusión de la lengua totonaca en esta familia era aún dudosa, pero Orozco y Berra dio por ciertas las noticias de Sahagún (1829-1830), según las cuales “estos totonaques están poblados a la parte Norte, y se dice ser guastemas”. Los cuatro dialectos de esta lengua totonaca habían sido registrados por Joseph Zambrano Bonilla (1752). La confusión de los totonacos con grupos de origen náhuatl y othomí quedaba aclarada luego de las consideraciones sobre su grado de civilización: “en cuanto civilización no hay duda que [los totonacos] estaban más adelantados que los othomíes; pero para los mexicanos eran pueblos bárbaros, y por eso, como notamos antes, apodaban estos a los inhábiles con los nombres de los pueblos a quienes tenían en menos” (Orozco y Berra 1864: 20).

La lengua maya, hablada en los distritos de Valladolid y Tizimin, contaba con los siguientes dialectos: el lacandón, el petén, el punctunc, el chañabal y el caribe. La relación entre estos dos últimos la había reportado Ephraim George Squier, en la *Revista de la Real Sociedad de Geografía de Londres*; la relación entre la lengua chontal y la maya había sido establecida por Hervás; sin embargo, el término *chontal* lo encontró registrado en fuentes de Tabasco, Guatemala y Oaxaca. Para decidir si se trataba del mismo grupo refirió a la descripción que había presentado el dominico Francisco de Burgoa (1674). Según Orozco y Berra (1864: 21), este texto hacía “una triste pintura de los chontales de Oaxaca, representándolos como totalmente bárbaros, broncos, feroces, sumergidos en la más espantosa ignorancia, desnudos y antropófagos; el retrato no conviene del todo a los de Tabasco, vecindados en el distrito de la Chontalpan, ni mucho menos a los de Guatemala, sin duda por haberse pulido con el trato de las naciones vecinas”.

Para determinar la composición de la rama quiché, confrontó las conclusiones del trabajo comparativo realizado por Brasseur de Bourbourg en 1862, así como lo dicho por Balbi y Squier, y consideró las noticias que daba el Br. Domingo Juarros (1809-1818). De este modo Orozco y Berra determinó que dos de los grupos más importantes de la historia antigua del

sureste habían desaparecido: los quelenques y los chiapanecos, siendo los tzotziles y los tzeltales los descendientes del primer grupo. También eran parte de esta rama las lenguas afines de Guatemala: el mam, el chol y el zotzlem.

En cuanto a la familia mixteca-zapoteca, el punto de apoyo era trabajo de Pimentel (1862). En este se sostenía que las lenguas mixteca y zapoteca eran afines. La primera de ellas, según el *Arte de la lengua mixteca* (1593), de Fr. Antonio de los Reyes, constaba de un dialecto principal (el tepuzculano) más otros nueve. Los manuscritos ofrecidos por Fernando Ramírez hicieron suponer a Orozco y Berra (1864: 28) que el amuzgo era lengua hermana del mixteco y del chocho. También Antonio de los Reyes (1593) registraban que esta lengua chocha era hablada por seis grupos distintos: yopi, yope, tlapaneca, chuchón, popoloca y teco. Por otra parte, con base en los escritos de Fr. Francisco de Burgoa (1674), era posible identificar dos grupos de dialectos en la lengua zapoteca: uno más cercano a la lengua original y con tres variantes en el Valle de Oaxaca; otro, formado por cuatro variantes de la zona serrana. Otro dialecto era el del istmo de Tehuantepec. Por último, consideró que la lengua cuicateca formaba parte de esta familia mixteco-zapoteca.

La determinación de la familia matlatzinga no estuvo exenta de numerosas dudas. Hervás (1800) y Balbi (1826) habían reconocido como diferentes las lenguas matlatzinca y pirinda. Orozco y Berra no estaba de acuerdo con esta interpretación y recurrió de nuevo a Sahagún, a Fr. Alonso la Rea, cronista de los franciscanos en 1637, y al fraile agustino Diego de Basalenque (autor de una gramática y un diccionario de esta lengua), con el objetivo de reconstruir las características y los distintos asentamientos de cada uno de estos pueblos. Para establecer los diferentes grupos que hablaban teco, consultó la obra de Matías Mota y Padilla (1742). Los documentos que presentaba Sahagún lo llevaron a intuir que la lengua ocuilteca era, en realidad, un dialecto de la lengua matlatzinca. Por otra parte, aunque cercana geográficamente a la pirinda, la lengua tarasca no tenía ninguna afinidad con ella y así lo habían expresado los especialistas.

Los misioneros jesuitas eran sin duda las autoridades más reputadas para determinar el número y semejanzas de las lenguas del noroeste del virreinato de la Nueva España. Sin embargo, al igual que en otros casos, era necesario revisar escrupulosamente la información para no confundir los nombres de las reducciones, los gentilicios de las tribus y los de sus lenguas. Un ejemplo de este tipo de confusiones se observaba en el trabajo de Balbi (1826), quien había considerado que había una lengua batuca que, a juicio de Orozco y Berra, no era más que un topónimo. Clavijero ([1780] 1826) había hecho un minucioso examen de los informes de su Compañía, que lo llevó a concluir que eudeves, ópatas y tarahumaras compartían un mismo ascendente. Por su parte, Pimentel había incluido en esta familia a las lenguas cahita y tepehuán; Benito Rinaldi (1742) había señalado la relación de estas lenguas con el pima y el julime. A través de otros informes de las misiones norteñas, Orozco y Berra dedujo que el tarahumara era el idioma principal y cinco sus dialectos: el chinipa y el varigio, el guazápare, el pachera y el tubar.

Además contrastó las conclusiones de Hervás y Balbi con los testimonios que presentaron el provincial Andrés Pérez de Rivas (1645) y los misioneros que habían estado en el terreno para determinar cuántos y cuáles eran los dialectos de la lengua cinaloa. Concluyó que el nombre más apropiado debía ser *cahita*. Señaló, además, que esta lengua tenía cuatro dialectos: yaqui, mayo, tehueco y guazave. Para el caso de la lengua pima alcanzó a identificar cuatro dialectos: pápago, sobaipure, yuma y cajuenche.

Las pocas noticias que poseía sobre la familia apache eran suficientes para detectar dos errores de Balbi, quien asentaba que el apache y el yavipai eran lenguas diferentes y había confundido los grupos apaches con los comanches. Las noticias ofrecidas por el coronel Antonio Calderón en 1796 y que estaba incluidas en el texto inédito de José Fernando

Ramírez, *Noticias históricas sobre Durango*, permitían suponer que los apaches conformaban una sola nación (1864: 40-41): “hablan un mismo idioma; y aunque varía el acento y tal cual voz provincial, no influye esta diferencia para que dejen de entenderse recíprocamente”. Sin embargo, para dar una respuesta definitiva, Orozco y Berra confrontó los reportes del P. Francisco Garcés (1875-1876), quien daba cuenta de once grupos. Finalmente concluyó que el apache era el idioma principal y que este tenía seis dialectos: el chemegue, el yuta, el mucaoraive, el faraón, el llanero y el lipan.

Asimismo encontró los nombres de varias tribus con residencia en Baja California y en la Isla de Tiburón, a las cuales no se les había comprobado de manera suficiente su filiación. Este era el caso de las familias guaicura y cochimí, reportadas por Clavijero. Orozco y Berra coincidió con la propuesta de Balbi en cuanto al número de dialectos de la guaicura; en cambio, aceptó la propuesta de Clavijero en cuanto a la lengua cochimí, en la que reconoció cuatro dialectos. Por otra parte, encontró el registro de los seris en el fondo *Documentos para la historia de México*, del Archivo General de la Nación, y aceptó además la validez de las noticias dadas por los misioneros, quienes afirmaban que esta lengua tenía dos dialectos (1864: 42): “El upanguaima es nación bien corta, y de este como más confinante y contiguo al seri, se debe presumir, y no hay duda en mi concepto, que le está coligado y unido. Poca es la distinción que hay entre seri y upanguaima, pues es una la inclinación y vida y unos y otros casi hablan un mismo idioma”.

Los estudios clasificatorios previos no habían dado cuenta de las relaciones en otro bloque de lenguas. En este conjunto denominado *lenguas sin clasificación* estaban incluidos el zoque, a la que por su ubicación geográfica era posible relacionarla con la familia maya-quiché; y el chiapaneco, extinta, pero nombrada con insistencia por Clavijero y Juarros, quienes señalaban que tenía un “aire de familia” con los toltecas. En Oaxaca estaba la lengua huave, que probablemente estaba relacionada con grupos guatemaltecos o nicaragüenses, y la lengua mixe, cuya rudeza era, a juicio de Francisco de Burgoa, compatible con las costumbres de su hablantes (1864: 45): “de su naturaleza son arrogantes, altivos de condición, y cuerpo y todo lo dice el tono de la voz, con que hablan siempre a gritos, y aunque los más atribuyen esta ruidosa articulación a su natural desmedido, y enojoso, he advertido que lo intratable de las sierras, les ha hecho de costumbre natural la vocería”. En el mismo estado se reportaba la lengua triqui, y Orozco y Berra supuso que por su cercanía tenía una relación con la lengua chontal. Asimismo contaba con noticias de las lenguas chinanteca, mazateca, chatina (que creyó cercana a la familia mixteca-zapoteca), papabuca, ixcateca, huitiniquimane y solteca. En el estado de Veracruz estaba registrada la lengua tepehua, cuya cercanía con el othomí permitía suponer que estaban relacionadas. La interpretación de los documentos sobre el estado de Guerrero era en extremo difícil por la multitud de nombres de grupos e interpretaciones sobre su origen; la única lengua que podía reconocer, hasta ese momento, era la cuitlateca, además de las variedades de la lengua mexicana.

Por otra parte, hacia el centro y norte del país, en los estados de Querétaro, Guanajuato y San Luis Potosí estaba la lengua pame, muy cercana al meco: este último era el idioma de los indios jonases o tonoases, ambos registrados por Sahagún, junto con otra multitud de naciones con diversos dialectos que habían sido reducidas en las misiones jesuíticas desde el siglo XVI. También habían desaparecido sin dejar huella el cazcán y el huachichil. En el estado de Jalisco ya no estaban presentes otras lenguas mencionadas en los documentos coloniales: el multeco, tecuexe y coca; mientras que habían sobrevivido la lengua cora y la huichola. Las estadísticas recientes no exhibían ya lenguas reportadas anteriormente en los estados de Tamaulipas y Nuevo León. Tan solo de los apaches, Orozco y Berra había encontrado setenta y dos nombres diversos en la zona fronteriza con los Estados Unidos y en el estado de Coahuila, ciento cuarenta y ocho. Un amplio universo de nombres de lenguas y de naciones



mencionados en los documentos de las misiones habían desaparecido sin dejar más huella, por lo que incluyó una lista encabezada con el rubro *lenguas perdidas*.

Hemos dejado para el último la familia nahua porque en este caso Orozco y Berra hizo uso tanto de las interpretaciones propiamente filológicas como de las noticias históricas para reconstruir su unidad. Además de señalar la ascendencia común de esta familia con otros ocho grupos nortños,<sup>7</sup> consideró que la presencia de la lengua náhuatl en un vasto territorio, que hacia el este llegaba hasta Veracruz y al sur hasta Nicaragua, no había sido obra del grupo de mexicanos sino de otras tribus nahuatlacas y chichimecas que habían partido del Norte con anterioridad, siendo la nación tolteca la más importante e influyente. Estas constantes migraciones explicaban la extensión de la lengua náhuatl y su mezcla con otras lenguas.<sup>8</sup>

Orozco y Berra planteó que estas variedades dialectales del náhuatl daban evidencia de épocas anteriores a la lengua mexicana. El nahua o náhuatl había sido la lengua de los grupos aztecas que habían emigrado hasta llegar a Centroamérica; uno de estos grupos había sido el tolteca. En cambio, la lengua mexicana (el habla del grupo mexicano) era la lengua pulida, tal como le correspondía al Imperio. La extensión de esta variante solo había llegado al Xoconochco y algunos poblados de Guatemala.

Su plena conformidad con Sahagún y Clavijero se manifestó al tratar de demostrar que las descripciones sobre la riqueza, expresividad y cultivo del idioma mexicano armonizaban con los testimonios de las costumbres y tradiciones de la nación mexicana. A la luz de lo expresado por las mejores fuentes, hechas por observadores contemporáneos de esa civilización, se trataba de un pueblo numeroso, inquieto, guerrero, agricultor, que con una bien cimentada vida política, había construido un vasto imperio (1864: 15).

Al considerar que debido a la distancia en el tiempo el habla de los toltecas había sido distinta a la de los mexicanos, concluyó que era prudente clasificarlas como dos lenguas diferentes, cada una con sus respectivos dialectos. El idioma de los toltecas y de las tribus contemporáneas a ellos sería el nahóa o náhuatl, nahuat o nahuate y, en consecuencia, el idioma del grupo mexicanos sería el mexicano, culhua o azteca. Esta diferencia entre mexicano y náhuatl era también marca de progreso. Los misioneros, testigos del Imperio azteca, estimaron dos cualidades de su lengua: su extensión geográfica y su capacidad expresiva además de su refinamiento. Por estas se razones se habían manifestado a favor de su uso en la evangelización.

Por otra parte, Orozco y Berra reconoció que los grupos que se habían asentado en Palenque y los toltecas fueron fuentes de origen de las más grandes civilizaciones del país, pero no estuvo de acuerdo con las interpretaciones de Brasseur de Bourbourg y del viajero arqueólogo John Stephens (1843, 1846), quienes aseguraban que ambos grupos mostraban “un aire de familia”. A pesar de la ausencia de testimonios textuales amplios sobre el origen del grupo palancano y sobre su lengua, Orozco y Berra le otorgó a este una mayor antigüedad que al linaje azteca por las características que presentaban sus glifos, monumentos y construcciones. Desde su punto de vista, era indudable que, a pesar de la dificultad de establecer un punto específico, la familia náhuatl provenía del norte y se había extendido hacia el oeste, el centro y el sur hasta Nicaragua, a lo largo de distintas y pausadas migraciones. Este es el único caso en que Orozco y Berra retomó lo dicho por Alexander von

<sup>7</sup> Según los informes de los misioneros jesuitas había semejanza entre la lengua mexicana y el zacateco, el mazapil, el chinarra, el concho, el acxee o topia, el sabaibo, el xixime y el tebeaca.

<sup>8</sup> El cuanto a la lengua náhuatl, los informes antiguos señalaban que este se hablaba en el Estado de México. Por su parte Balbi la menciona con el nombre de *náhuat*. En cuanto a su extensión, Juarros daba cuenta de su presencia en Guatemala y Ephraim George Squier en Nicaragua.

Humboldt (1810: 21) acerca de la relativa unidad de costumbres e idioma de los pueblos que componen la raza germánica e hizo una analogía con la composición del linaje azteca.<sup>9</sup>

En segundo lugar colocó a la civilización de la familia mixteco-zapoteca, a la que relacionó con los grupos olmeca y xilanca. Las noticias bibliográficas sobre estos grupos le permitían señalar que se habían asentado con anterioridad en los territorios de Puebla y Tlaxcala. Una vez instalados en esta región conquistaron a pobladores más antiguos: los chuchones, ahora conocidos como chochos, popolocas, tlapanecos y tecos. Al asentarse en el territorio de Guerrero y Oaxaca, los zapotecos y mixtecos habían irrumpido en el territorio de grupos ya establecidos: chochos, amuzgos, cuicatecos, triques, chinantecos, papabucos y chontales. Dado su grado de civilización, el tercer lugar lo ocupaba la familia maya, constituida por dos ramas que se separaron en época muy temprana: la maya y la quiché. Finalmente, estableció que la familia othomí y mazahui, aunque contemporánea a las otras tres, era la que se había asentado primero en el centro del país; su antigüedad quedaba demostrada por el monosilabismo de su lengua, por su precaria civilización, por la rudeza de sus costumbres y por la fragmentación de sus asentamientos.

### 3. Evaluación cualitativa de las lenguas de México

A lo largo de la investigación, Orozco y Berra hizo suyas diferentes concepciones sobre el lenguaje. La etnografía le llevó a considerar que las semejanzas gramaticales y léxicas entre las lenguas eran la evidencia definitiva para establecer una relación de parentesco entre los pueblos. Pero, ante la falta de información gramatical suficiente, aceptaba las valoraciones que, sobre los pueblos y sus lenguas, estaban plasmadas en las fuentes históricas más autorizadas. La creación de datos a partir de estas fuentes de distinta naturaleza no le pareció un procedimiento anómalo porque finalmente consideraba que había un paralelismo entre la perfección de los idiomas y el progreso de las naciones.

A pesar de que Orozco y Berra trató de ceñirse plenamente a los cánones de la etnografía y buscaba establecer la genealogía de las naciones amerindias, no por ello renunció a una interpretación histórica centrada en la idea de progreso.<sup>10</sup> Fue por ello que tuvo por cierto que los idiomas evolucionan de lo simple a lo complejo (de un estado monosilábico hacia otro polisintético) y que la riqueza y cultivo de una lengua revelan el progreso intelectual del pueblo que la habla. Este punto de anclaje explica que Orozco y Berra haya juzgado el devenir del multiligüismo en los siguientes términos: primero, que el otomí, por ser un idioma monosilábico, era el idioma del pueblo con mayor antigüedad en el territorio de México; el segundo, que el mexicano, por la profusión y elegancia de su vocabulario, era superior a las demás lenguas amerindias de su entorno. El tercero, que la supervivencia de este universo dependía de los diferentes grados de civilización alcanzados por sus hablantes antes del contacto con Occidente. Finalmente, el hecho de que el español fuera un idioma más homogéneo y culto explicaba tanto su difusión como su futuro promisorio.

---

<sup>9</sup> Orozco y Berra (1864: 121) presentó la traducción de la siguiente cita: “Las naciones que invadieron sucesivamente á México, dice Humboldt, los toltecas, los chichimeca, los nahuatlaques, los acolhuís, los tlaxcaltecas y los aztecas, formaban un solo grupo, casi como los alemanes los noruegos, los godos y los daneses, confundidos en una sola raza, la de los pueblos germánicos”.

<sup>10</sup> Sobre las ideas de progreso en la obra de Orozco y Berra, véase O’Gorman (1939).

## Bibliografía

- Adelung, Johann Christoph y Johann Severin Vater. 1806-1817. *Mithridates oder allgemeine Sprachkunde, mit dem Vater Unser als Sprachprobe in bey nahe fünfhundert Sprachen und Mundarten*. 4 vols. Berlín: Vossische Buchhandlung.
- Auroux, Sylvain y Tristan Horde. 2000. "Les grades compilations et les modeles de mobilité". *Histoire des idées linguistiques* ed. por Sylvain Auroux. Paris: Mardaga. 537-579.
- Balbi, Adrien. 1826. *Atlas ethnographique du globe, ou classification des peuples anciens et modernes d'après leur langue, précédé d'un discours sur l'utilité et l'importance de l'étude des langues appliquée à plusieurs branches des connaissances humaines*. París: Rey et Gravier.
- Basalenque, Diego de. 1640. *Arte de la Lengua Matlaltzinca mui copioso y asimismo una suma y arte abrebado. Compuesto todo por el Padre Maestro fr. Diego Basalenque De la orden de nuestro Padre San Augustin de la Prouincia de Michoacan*. Ms. México.
- Basalenque, Diego de. 1642. *Vocabulario de la Lengua Castellana buelto a la Matlatzinga. Por el O. Maestro fr. Diego de Basalenque de la orden De N. P. S. de la Provinçia de Michuacan*. Ms.
- Beristáin y Souza, José Mariano. 1816, 1819, 1821. *Biblioteca hispanoamericana septentrional o Catálogo y Noticia de los literatos que o nacidos o educados o florecientes en la América septentrional española han dado a luz escrito o lo han dexado para la prensa*. 3 vols. México: Imprenta de la calle de Santo Domingo y esquina de Tacuba.
- Brasseur de Bourbourg, Charles Étienne. 1851. *Cartas para servir de introducción de la historia primitiva de las naciones civilizadas de la América Septentrional*. México: Imprenta de M. Murguía.
- Brasseur de Bourbourg, Charles Étienne. 1862. *Grammaire de la langue Quiché espagnole-française, mise en parallèle avec ses deux dialectes, Cakchiquel et Tzutuhil, tirée des manuscrits des meilleurs auteurs guatémaliens. Ouvrage accompagné des notes philologiques, avec un vocabulaire de recueilli par l'Abbé Brasseur de Bourbourg*. París.
- Burgoa, Francisco de. 1674. *Geográfica descripción de la parte septentrional del polo ártico de la América, y nueva Iglesia de las Indias occidentales, y sitio astronómico desta Provincia de Predicadores de Antequera Valle de Oaxaca*. 2 vols. México: Imprenta de Juan Ruiz.
- Buschmann, Charles. 1860. "De los nombres de los lugares aztecas". *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*, 1ª época, tomo VII. México DF: Imprenta de Andrés Boix. 27-141.
- Clavijero, Francisco Javier. [1780] 1826. *Historia antigua de México*. Traducida del italiano por José Joaquín Mora. E. Ackerman. Londres. 1ª ed. en español.
- Diccionario Universal de Historia y Geografía, obra dada a la luz en España por una sociedad de literatos distinguidos, refundida y aumentada considerablemente para su publicación en México con noticias históricas, geográficas, estadísticas y biográficas de las Américas en general y especialmente de la República Mexicana, 1853-1856*. 10 vols. México: Tipografía de Rafael y Rafael/Tipografía de Andrade y Escalante.
- Eguiara y Eguren, Juan José de. 1755. *Bibliotheca Mexicana sive eruditorum historia virorum, qui in América Boreali nati, vel alibi geniti, in ipsam domicilio aut studijs ascit quavis lingua scripto aliquid tradiderunt: eorum praefertim qui pro Fide Catholica & Pietate amplianda fovendaque, egregie factis & quisbusvis scriptis florere editis aut ineditis*. Tomus primus, exhibens litteras ABC. Mexico: Ex nova Typographia in AEdibus Authoris editioni ejusdem Bibliothecae destinata.

- Garcés Francisco 1775-1776. *Diario que ha formado en el viaje hecho este año de 1775 por mandato del Excelentísimo Señor Virrey Gobernador y Capitán de esta Nueva España*. Ms., resguardado en el Archivo General de la Nación.
- Hass, Mary R. 1969. "Grammar or lexicon? The American Indian side of the question from Duponceau to Powell". *IJAL*, 35. 239-255.
- Hervás y Panduro, Lorenzo. 1800-1806. *Catálogo de las lenguas de las naciones conocidas y numeración, división y clase de éstas, según la diversidad de idiomas y dialectos*. 6 vols. Madrid: Madrid: Imprenta de la Administración del Real Arbitrio de Beneficencia.
- Humboldt, Alexander von. 1810. *Vues des cordillères et monuments des peuples indigènes de l'Amérique*. 2 vols. Paris: F. Schoell.
- Humboldt, Alexander von. [1811] 1822. *Ensayo Político de la Nueva España*, Paris. Bouret.
- Humboldt, Wilhelm von. [1812]. 1989. "Ensayo sobre las lenguas del Nuevo Continente". *Lecturas de lingüística* comp. por Ángel Alonso-Cortés. Madrid: Cátedra. 37-76.
- Juarros, Domingo. 1809-1818. *Compendio de la historia de la ciudad de Guatemala*. Guatemala: Ignacio Beteta.
- Mota y Padilla, Matías Ángel de la. [1742 ms.] 1856. *Historia de la conquista del reino de Nueva Galicia en América Septentrional*. México: Tipografía del gobierno a cargo de J. Santos Crosco.
- Náxera, Crisóstomo. [1835] 1845. *Disertación sobre la lengua othomí*. México: Imprenta El Águila.
- O'Gorman, Edmundo. 1939. "La Historia de Orozco y Berra y Nosotros". Investigaciones históricas. Revista trimestral mexicana. México: Centro de Estudios Históricos Genaro Estrada. I: 2. 127-133.
- Orozco y Berra, Manuel. 1864. *Geografía de las lenguas y carta etnográfica de México. Precedidas de un ensayo de clasificación de las mismas lenguas y apuntes para las inmigraciones de las tribus*. México: Imprenta de José María Andrade.
- Pérez de Rivas, Andrés. 1645. *Historia de los triunfos de nuestra santa fe entre las gentes más bárbaras y fieras del nuevo orbe: conseguido por los soldados de la milicia de la Compañía de Jesús en las misiones de la Nueva España*. 3 vols. Madrid.
- Pimentel, Francisco. 1862. *Cuadro descriptivo y comparativo de las lenguas indígenas de México*. Tomo I. México: Imprenta de Andrade y Escalante.
- Ramírez, José Fernando. s/f. *Documentos históricos sobre Durango*. Ms.
- Rea, Alonso de la. 1643. *Chronica de la Orden de Nuestro Seraphico Padre San Francisco. Provincia de San Pedro y San Pablo de Mechuacan en la Nueva España*. México: Imprenta de la Viuda de Calderón.
- Reyes, Antonio de los. 1593. *Arte en lengua mixteca*. México: Pedro Balli.
- Rinaldi, Benito. 1743. *El Arte de la lengua tepehuana, con Vocabulario, Confessionario y Cathesismo*. México: Imprenta Viuda de D. Joseph Hogal.
- Romero, Guadalupe. 1860. "Noticias de las personas que han escrito o publicado algunas obras sobre los idiomas que se hablan en la República Mexicana". *Boletín de la Sociedad de Geografía y Estadística*. 1ª época. VIII. 374-410.
- Sahagún, Bernardino de. 1829-1830. *Historia general de las cosas de la Nueva España que en doce libros y dos volúmenes escribió el R. P. Bernardino de Sahagún, de la observancia de San Francisco, y uno de los primeros predicadores del Santo Evangelio en aquellas regiones*. Dala a luz con notas y suplementos Carlos María Bustamante. 3 vols. México: Imprenta del C. Alejandro Valdez.
- Stephens, John. 1841. *Incidents of travel in Central America, Chiapas and Yucatán*. London: Murray.
- Stephens, John. 1843. *Incidents of travel in Yucatan*. New York: Harper & Brothers.

- Tapia y Zenteno, Carlos. 1767. *Noticia de la lengua huasteca, que en beneficio de sus nacionales, de orden del Illmo. Sr. Arzobispo de esta Santa Iglesia Metropolitana, y a sus expensas, da Carlos de Tapia Zenteno.* México: Imprenta de la Biblioteca Mexicana.
- Zambrano Bonilla, Joseph. 1752. *Arte de la Lengua Totonaca, conforme á el Arte de Antonio Nebrija.* Puebla: Imprenta de la Viuda de Miguel de Ortega.